

II CERTAMEN LITERARIO 'PLUMA DE CUERVO'

Título: CONTAGIO

Pseudónimo: Fugitivo

Corría esquivando los robles, haciéndoles un dribling de futbolista mayor, siguiendo una trayectoria imprecisa y caprichosa, aunque a veces los rodeaba sin tocarlos, tres y cuatro vueltas repetía en torno al mismo tronco, incluso cinco, o un número de giros que él dejaba de contar. Pensó que se trataba de un entrenamiento atlético, de algún campeón de campo a través o de un cruzabosques encaramado en las ilusiones que despierta un crepúsculo avanzado. Es sabido que el ejercicio físico relaja a cualquier edad, alegra los músculos, libera la mente.

Era verano.

Su paseo diario por el bosque al atardecer llevaba cinco días alterado por aquella novedad. El médico le había recomendado tranquilidad absoluta. Después de abandonarse a una despaciosa siesta, salía caminando de la casa de reposo hasta llegar al robledal que se encontraba a poco más de medio kilómetro del pueblo. Era un lugar prodigioso, una delicia, un enclave lleno de ese silencio esencial que uno precisa para ir situando las sensaciones crueles que inesperadamente deja el azar en los rincones más recónditos de la existencia.

Su hijo había fallecido en un terrible accidente de tráfico. Un criminal, seguramente con los dedos de las manos y los ojos podridos de alcohol, lo había arrollado causándole la muerte instantánea. El sujeto, que al parecer resultó ileso, se dio a la fuga. No había sido posible identificarlo.

La tragedia lo dejó destrozado y se hundió en su sangre, hasta el punto de hacerle perder los horizontes. Sentía pánico de vivir, un miedo poderoso a las personas más inofensivas, un terror que zigzagueaba por sus circunvoluciones cerebrales haciéndole enloquecer. Sus impulsos suicidas no eran de menor cuantía que los homicidas. Respiraba un odio universal y se alimentaba del deseo de morir matando. Es indescriptible ese terror interno.

Alguien detuvo a tiempo la bola de fuego, que se despeñaba por la ladera de su vida hacia un abismo demencial, y lo condujo a la casa de reposo donde el tratamiento comenzó a hacer efecto al cabo de tres meses. Pero el tiempo es como el viento: apaga los incendios pequeños y aviva los grandes. Había días cuyas noches no debieran existir, jornadas que convendría hacerlas de luz

continua para que los espectros del pasado no consiguieran hacer cuerpo en la oscuridad. Veinticuatro horas de claridad, cuarenta y ocho, setenta y dos... sin margen para las maniobras de la memoria, para las insidias del recuerdo.

El hombre que corría aquella tarde esquivando los robles, haciéndoles un dribling de futbolista mayor, siguiendo una trayectoria imprecisa y caprichosa, aunque a veces los rodeaba sin tocarlos, el hombre a quien atribuyó la posibilidad de ser un campeón de campo a través o un cruzabosques encaramado en las ilusiones que despierta un crepúsculo avanzado, vivía también en la misma casa de reposo. Lo conocía. No tenía mal aspecto, salvo un rostro de aspecto alucinado que inspiraba desconfianza.

Aquella tarde se hizo el encontradizo. Los días anteriores evitó su trayectoria porque le atemorizaban las maniobras circulares en torno a un mismo roble de las que parecía recibir fuerzas para salir disparado en su carrera sin destino. Aquella tarde le vio observarle y tal vez le reconoció. El corredor moderó su marcha realizando círculos concéntricos en torno al lugar en el que espectador estaba sentado. Finalmente, se detuvo junto a él.

Estaba anocheciendo. Sería hora de volver. Sin embargo, parecía que ninguno de los dos tuviera prisa.

–¡Hola!

–¡Hola!

–Le he visto hoy en el comedor.

–Yo también creo haberlo visto.

–Me gusta venir aquí.

–Es un lugar tranquilo.

–El hospital también lo es.

–¿Hospital?

–Sí, es un hospital, me están curando.

–Bueno, en realidad...

–Sufro crisis de pánico.

–Sé de qué se trata.

–Por eso corro sin descanso.

–Pensé que hacía atletismo.

–No, tengo que huir del lugar antes de que...

–¿Antes de qué?

–De que él empiece a perseguirme.

–¿Quién es él?

–No lo sé, nunca lo he sabido, me fui sin saberlo.

–¿De dónde se fue?

–Me tengo que ir antes de que él me empiece a perseguir.

–¿Quién?

- Es terrible.
- ¿Por qué?
- Yo me persigo a mí mismo.
- ¡Explíquese!
- No es fácil.
- ¡Dígame qué le pasa!
- Corro, corro y corro huyendo de mi presencia.
- ¿Cómo es eso?
- Es terrible: soy al mismo tiempo el perseguido y el perseguidor.

El hombre salió disparado después de clavarle una mirada estremecida. Él también comenzó a estremecerse. Regresó a la casa de reposo, el hospital. Se resistía a llamarlo así. Él no estaba enfermo, solo horrorizado. Cenaron. No vio al atleta, el campeón de campo a través, el experto en esquivar robles y en rodearlos. Preguntó por él, preguntó cuánto tiempo llevaba allí. Le dijeron que una semana. Alguien añadió que tenía un secreto, una deuda pendiente con su conciencia, que lo confesó en un momento de estupor. Pidió más información. Estaba sobresaltado. Procedía de la misma ciudad que él.

El primer confidente continuó diciendo que el hombre mató a un chico cuando iba borracho, que no le prestó auxilio, que se fugó, que no le detuvieron ni le condenaron porque nadie lo relacionó con el accidente, pero que su conciencia le torturaba, que tenía que huir de sí mismo porque muchas veces no lograba saber si era él o el muchacho al que atropelló, o los dos al mismo tiempo, o ninguno.

Un fragor de muerte invadió al hombre desde la planta de los pies, y vomitó allí mismo. Sin pedir disculpas, sin mirar a los demás, sin limpiar el vómito, sin saber si era puerta o ventana lo que debía atravesar en bruto, salió corriendo hacia el bosque presa de un pánico esencial que le impedía distinguir si él era el perseguido o el perseguidor.